

Pospandemia. Espantos y ciencia ficción



Colectiva Materia

Recibido el 22/06/21. Aceptado el 15/08/21

Resumen

En este artículo proponemos pensar en la pospandemia privilegiando el punto de vista de la ciencia ficción. Seguimos aquí la lógica que Silvia Schwarzböck eligió para pensar el “regreso de la democracia” en Argentina. La posdictadura, señala Schwarzböck, es la continuación de la dictadura por otros medios: los de la vida falsa como único horizonte, y dado que la estética es la disciplina que piensa rigurosamente en términos de *no verdad*, es esta disciplina la que habilita una posibilidad para pensar lo que desde la filosofía parece impensable. Recurrimos entonces al post- como divisa de la no verdad (la ficción), cuyo horizonte de acción posible construye escenarios con las reglas de la ficción. Entre el porvenir funesto de los apocalipsis ya sucedidos, y los fines del mundo que no terminan, el sintagma “pospandemia” habla del tiempo retornante que nos devuelve a la estasis de un presente denso. Habla también de la necesidad de ficcionar la pandemia (o su secuaz, el virus) bajo las reglas de una fábula especulativa. Una estética y una política.

Palabras clave: *ciencia ficción, fin del mundo, pospandemia*

Post-pandemic. Specters and science fiction

Abstract

In this article we propose to think about the post-pandemic, giving priority to the point of view of science fiction. Here we follow the logic that Silvia Schwarzböck chose to think about the “return of Democracy” in Argentina. Post-dictatorship, says Schwarzböck, is the continuation of dictatorship by other means: those of false life as the only horizon, and since aesthetics is the discipline that thinks rigorously in terms of untruth, it is this discipline that enables the possibility to think about what is unthinkable for philosophy. We resort to the post- as the sign of the untruth (fiction), whose horizon of possible action constructs scenarios according to the rules of fiction. Between the dire future of the apocalypses already happened and the ends of the world that do not end, the syntagm “post-pandemic” speaks of the returning time that returns us to the stasis of a dense present. It also speaks of the need to fictionalize the pandemic (or its minion, the virus) according to the rules of a speculative fable. An aesthetics and a politics.

Keywords: *End of the world, Post-pandemic, Science fiction*



I. (Altura de las) Circunstancias

El primer año de la propagación de COVID-19 dejó en claro que “Filosofía y Pandemia” eran algo más que un solo corazón. Los discursos filosóficos florecieron, al menos en nuestro humilde recuerdo, como nunca lo habían hecho y la mirada filosófica parecía incluso autorizada por la enfermedad misma para pensar tanto los problemas del fin y el apocalipsis como los problemas del yo y su auténtica existencia.

Este texto, sin embargo, es casi el documento de una imposibilidad de escritura con la que lidiamos desde hace ya unos cuantos meses: quizás el tiempo mismo de una convocatoria. La escritura en común, que desde nuestra voz colectiva reivindicamos para el trabajo filosófico, en cierto momento quedó atorada en la incomodidad de nuestros cuerpos separados y de palabras, conceptos e ideas que se apretujan pero se resisten a ser ordenadas. Un texto que se hila en una rueca colectiva que intenta convertir este copo nebuloso y enmarañado en un hilo resistente que nos permita tramar, inventar una historia que aún nos resulta inconexa. ¿Es el instrumental lo que falla? No se puede hilar con una tijera (¿o sí?). El corte que separa la pandemia de la pospandemia y que se torna cada vez menos nítido, como desgajado entre dos tramas, parece tejerse con hilos cortantes, esos que a la más suave caricia dejan una herida molesta. ¿Es el problema la materia misma del texto? El tiempo de la escritura, situada en el medio año que comprende los últimos tres meses de 2020 y los primeros de 2021, es un tiempo vertiginoso pero también estático. Una preocupante bola odradekiana que amenaza con tirarnos escaleras abajo a cada palabra tipeada, borrada o dicha. Un tiempo y un espacio fuera de sus goznes pero tan siniestramente en sus goznes que lejos de ubicarse en el umbral de una nueva época, como el *out of joint* hamletiano, nos ata a la repetición diferida del tiempo de este mundo, el de acá. Leímos hasta el hartazgo sobre la pandemia, sus condiciones, la pospandemia, la excepción y la nueva normalidad, sin embargo, pareciera no haber ahí un lugar de enunciación habitable para nosotras como colectiva, no como filósofas individuales. ¿Tendremos que hacernos lugar forcejeando en el orden del discurso? ¿Podremos alinear unas letras que transformen el hilo de esa rueca que parece tijera en un sweater que nos proteja en el invierno de nuestro descontento?

Lentamente nos va quedando claro que pensar la pospandemia no implica pensar la superación del estado de cosas anterior o su radical finalización, sino comprender la continuidad de una lógica extractivista que se manifiesta por otros medios. ¿Cómo describir esa lógica que se propone en términos de “salvación humana” y da por sentada la noción estadística de población (cuya dinámica es cualquier cosa menos exclusivamente humana) a la vez que inventa políticas del orden de lo individual? ¿Cómo pensar lo que vendrá si se insiste en que el porvenir debe ser del orden de una “vuelta atrás”, una renormalización de la circulación y de la disponibilidad de la así llamada “naturaleza” por parte de los individuos humanos? ¿Es posible pensar a contrapelo, desde las lógicas feministas divergentes, el compost que somos, restituyendo la potencia de actuar, sentir y pensar a las existencias que pueblan un mundo donde caben muchos mundos que se niegan a finalizar?

II. La peste y el rebaño

En un artículo reciente, Alejandro Kaufman interviene sobre los discursos intelectuales que han proliferado a partir de la declaración de la pandemia desde un ángulo en el que vale la pena detenerse. En “27F y sus alrededores” (2021) cuestiona el uso del signifiante “rebaño” que desde las ciencias sociales y las humanidades frecuentemente se asoció al modelo pastoral de gobierno, y según el cual la población es considerada un conjunto de individuos serviles y un poco idiotas que precisan de una guía porque,

como tales, están predispuestos al conformismo y al *status quo*. Un tipo de gregarismo que desacopla a las poblaciones de la politicidad (en tanto capacidad de pensar sobre sus propias condiciones de existencia, elegir modos de vida, tomar *decisiones*) a la vez que las asocia a la amenaza latente de una violencia ciega (incapaz, de nuevo, de evaluar y decidir sus acciones) que el término “masas” sanciona desde hace mucho tiempo. Este carácter indeciso entre la incapacidad y la potencia es algo que en la literatura biopolítica es exhaustivamente trabajado, y que hace de la “población” el enclave donde hubieron de alojarse las disputas en torno a la socialidad humana desde, al menos, el siglo XIX. Como bien señala Kaufman, a partir de la eclosión del posthumanismo, las ciencias humanas y sociales sienten en sus *corpus* la incomodidad producida por la necesidad de considerar en pie de igualdad teórica a otras ciencias tradicionalmente segregadas de las reflexiones políticas y éticas sobre el mundo. Así pues, aquella perspectiva arrogante del especialista en la “cultura” que solo podía tener una mirada paternalista de las ciencias naturales (paternalista porque las considera como meros instrumentos idiotas al servicio de intereses políticos ajenos) ha sido puesta en entredicho. Por supuesto no es la primera vez, y no se trata tampoco de borrar las investigaciones en torno a lo que suele llamarse “la sociología de las ciencias”. De lo que sí se trata es de la manera en que la partición Naturaleza-Cultura sigue permeando los discursos políticos y filosóficos en la medida en que se hace evidente que en situaciones como la actual pandemia, los intelectuales se muestran renuentes a abandonar el nicho de la socialidad humana para pensar el mundo y la política. ¿De qué otro modo comprender si no, como bien señala Kaufman, que la circulación del término “rebaño” no sea la cantera de nuevas perspectivas sobre la vida en común de humanos y no humanos cuando tenemos allí al alcance todos los elementos disponibles para hacerlo? Dicho de otra manera, ¿por qué seguir forzando un desacople entre las redes de acción no humanas y humanas cuando el objeto principal del pensamiento es un virus, su circulación interespecies, su capacidad de vincular con la velocidad de un rayo a personas distanciadas por miles de kilómetros a través de la emergencia de una necesidad “nueva”: seguir trabajando, seguir estudiando aun cuando estemos “encerrados” en nuestras casas, barrios o países?

La interferencia pública del sintagma “inmunidad de rebaño”, algo quizás más sensible durante 2020, produjo una suerte de reacción intelectual que, amparada en un *nietzscheanismo de izquierda*, apuntó a diseccionar *in vivo* el temor por la salud propia y ajena del servilismo de la aceptación de medidas estatales que impusieron restricciones a la circulación y reunión de las personas humanas. Cómo apelar al cuidado común sin renunciar a la autonomía fue el hilo subyacente a muchas de las intervenciones. Obviamente hay allí una oportunidad para repensar todo: el cuidado, lo común, la autonomía, el estado, la “naturaleza”. Entre las intervenciones en ese sentido quizás las más interesantes han sido aquellas que en lugar de levantar el dedito acusador de la moral (la de Estado o la liberal) se propusieron acudir a bibliotecas extrañas. No solo a los *papers* producidos por epidemiólogos e infectólogos de todo el mundo a gran velocidad, sino también a los registros que han quedado de las actitudes ante pandemias anteriores que supusieron sus propios *apocalipsis*.

En el primer caso, la lectura voraz de curvas y estadísticas está en línea con el gerenciamiento de poblaciones que está en el origen de toda sociología tal como la conocemos, allí donde antes y ahora los especialistas en métodos de relevamiento y en *focus groups* se solazan en la selección y extracción de rasgos que caracterizan mejor o peor las situaciones de riesgo para la salud y para la estabilidad política, y que permiten arbitrar medidas razonables de cuidado de las instituciones humanas (una metodología no muy lejana a la de la más reciente “ecología”, que no por nada resulta una disciplina tan amigable para los científicos sociales, como ya señalaba Haraway a fines de los años 80; cf. Haraway, 1989). Sin embargo, y simultáneamente, la Ciencia apareció como un discurso ordenador inédito, quizás por la explicitación de su

profunda ambigüedad. Si el discurso científico se utilizó como contralor de la práctica política, su fragilidad quedó rápidamente al descubierto cuando se le exigió aquello que por las condiciones características de la práctica científica no puede dar: certezas. Así como el estado requería de la ciencia para producir reglas que debía aplicar sobre la población, las ciencias mismas eran denunciadas por su falta de consistencia y capacidad de anticipación. Este uso del discurso científico lo dejaba en una situación de debilidad tal que permitió que ante la mínima muestra de falibilidad (que, como decíamos, sería lo más propio de la ciencia) fuera contestado como inútil, abriendo así la multiplicación discordante de toda una serie de adendas científicamente formateadas que servirán en adelante para explicar y justificar cualquier cosa. La serie más flagrante quizás, al menos al momento en que escribimos estas palabras: la prueba científica incontestable de que las escuelas son uno de los focos más importantes de contagio y la evidencia igualmente corroborada de que no es allí donde se producen los contagios en la nueva segunda ola argentina de COVID, ambas a través de juramentos solemnes lanzados por televisión por los gobiernos enfrentados de Argentina y de la ciudad de Buenos Aires.

En el segundo caso, y como aflorando de un suelo que es el nuestro aunque no lo podamos ver o queramos mirar, la memoria de fines del mundo ya acontecidos comenzó a circular. Desde los relatos de los pueblos colonizados que vienen siendo exterminados desde hace siglos (Kopenawa & Albert, 2010), hasta la amenaza nuclear, pasando por los azotes de la Peste Negra (cf. Hecker, 1988; Echenberg, 2007), la polio y el SIDA, cobra un interés renovado repasar esta relación nada nueva que las así llamadas *pestes* han sabido instalar a contrapelo de la necesidad muy humana de tener todo bajo su control. Es necesario releer una y otra vez estos textos, de la misma manera en que leemos la ciencia ficción afroamericana y feminista de Octavia Butler, para comprender hasta qué punto el *hombre* mismo ha sido el *extraterrestre* que abduce y aplasta comunidades humanas y no humanas, esas mismas comunidades que serían en adelante *traducidas* violentamente a las formas de existencia que el capital admite en cada caso (Butler, 2018). Los terranos, así, sufrieron ya diversas formas del fin del mundo, que solo ahora parece democratizarse sobre unos pueblos impensados, sin que eso implique, sin embargo, algún tipo de trastocamiento de los órdenes vigentes, sino más bien la extensión de la peste a cada vez un número mayor de poblaciones.

Isabelle Stengers afirma en su libro *En tiempos de catástrofes* que la destrucción de la política, entendida como responsabilidad colectiva por el porvenir, es su devenir gestión de una población que no debe inmiscuirse en lo que la atañe (Stengers, 2017: 52). Por ello, la capacidad colectiva de entrometerse en las cuestiones del porvenir común deberá incluir la discusión acerca del modo en que se enuncian esas cuestiones, la formulación misma de cuál es el problema que debe resolverse. Se trataría entonces, también, de ser capaces de formular relatos “más espaciosos que las ideologías”, o mejor, de habitarlos (Haraway, 2019a: 16) ahora que ya no hay más un después, de inventar un arte de prestar atención que no sea un imperativo moral y que implique la imaginación de conexiones que no tenemos la costumbre de considerar (Stengers, 2017: 60).

III. La pospandemia y los espantos

En noviembre de 2020, cuando en Argentina las medidas de confinamiento se relajaron y comenzaba una etapa de convivencia virósica bautizada como *DISPO* (por las siglas de Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio) parecía que nos encaminábamos hacia lo que podríamos pensar como un tiempo *pospandémico*. La llegada de las primeras vacunas y la no suspensión de la temporada de verano que muchos abrazaron sin dudar parecían abrir ese horizonte donde, sin embargo, el prefijo *dis* sonaba como una alarma silenciosa. Ese *dis* que era la condición de posibilidad para

el *pos* subrayaba una dislocación que solo se haría visible cumplido el *impasse* obligatorio de las vacaciones, aquel que en el tardocapitalismo marca la necesidad ancestral de suspensión que reclama el año nuevo. Si ya no es posible esperar atentamente el regreso del sol después del solsticio, es necesario creer que nuestro vínculo con la tierra mantiene su lógica de disponibilidad y paisaje: viajar, salir, corroborar que todavía es posible disfrutar de un *natural* que nos aguarda, a pesar de todo, en el comienzo del nuevo año.

La construcción del espacio-tiempo de la pospandemia podría abordarse siguiendo el paralelo que Silvia Schwarzböck trazó para pensar la posdictadura. En *Los espantos* (2016) Schwarzböck analiza cómo, a diferencia de cierto horizonte de lo verdadero (de la vida verdadera) que había permitido articular el sentido de los años 60 a través de la filosofía, los años 80 (el retorno de la democracia) parten de un suelo que tiene el terror como horizonte y que reclama un tratamiento estético. Lo que queda luego de la dictadura son los espantos que la vida verdadera debía conjurar. Y esos espantos son visibles pero no pensables por quienes los ven. La posdictadura, señala Schwarzböck, es la continuación de la dictadura por otros medios: los de la vida falsa como único horizonte. La estética es la disciplina que piensa rigurosamente en términos de *no verdad*, lo que implica un giro en las dinámicas de lo que hay; así pues se tratará de vérselas con “la producción de lo nuevo como transmutación de un valor vigente, no creencia en la originalidad, retorno en lugar de comienzo” (Schwarzböck, 2016: 22). Es decir: el post- como prefijo es la divisa de la no verdad (la ficción), y su horizonte de acción posible remite a la “necesidad de construir un enemigo con las reglas de la ficción” (27). Hay algo de este tiempo retornante que nos devuelve a la estasis de un presente denso en el enunciado “pospandemia”. Algo también de la necesidad de ficcionar la pandemia (o su secuaz, el virus) bajo las reglas de una fábula especulativa. Una estética y una política, entonces.

Si el tiempo del primer año de la pandemia se vivió bajo una lógica de la suspensión, que los más optimistas leyeron como la posibilidad de una puesta en cuestión del modelo extractivista y patriarcal que nos había llevado al fuera de control por la propagación de un virus de origen zoonótico, quizás la pospandemia sea ese tiempo en el que la pandemia continúa internalizada como normalidad, bajo un recrudecimiento cínico de lo que aquel nuevo cielo que parecía dibujarse como novedad imaginaba conjurar.

Pensar esa normalidad bajo el signo de lo nuevo implica entonces una ambición excesiva: la de que algo del orden de lo diferente podría acontecer. Si pudiéramos pensar que la pandemia nombra una particular forma de ordenamiento de lo político y lo social, que se presentaba bajo la lógica del estado de excepción entendido como no-normalidad, la pospandemia, parafraseando a Schwarzböck, no es más que la asunción del estado de excepción. El estado de excepción vuelto norma, diría Benjamin. Bien mirado, se trata de un *leitmotiv* de la teoría política que parece acompañarnos bajo distintas formas desde hace mucho tiempo. Una teoría política nunca emancipada de sus raíces teológicas y que, como tal, reacciona frente a las “crisis” como las religiones: haciendo proliferar versiones contradictorias entre sí, ninguna de ellas dispuestas a pensar por fuera de aquello que les sirve de fundamento. En este caso, el antropismo: desde el estado imperial chino que se erige como frontera protectora de los humanos ante una Naturaleza devastadora (y que no casualmente Occidente ha señalado como origen ontológico de pestes varias; cf. Lynteris, 2018) hasta el estado occidental moderno que produce una Naturaleza como recurso inagotable y paisaje de las disputas humanas (cf. Colectiva Materia, 2020).

Si queremos jugar a imitar el gesto de Schwarzböck para pensar la pospandemia, quizás habría que observar la situación desde el lente estético que parece más adecuado:

no ya solo el lente del terror (que supo originar a finales del siglo pasado todo tipo de reflexiones estético-políticas sobre lo sublime, lo siniestro o incluso la explicitud técnica insublimable) sino, en este caso tan fuera de escala, el de la ciencia ficción que permite imaginar condiciones otras allí donde lo que acontece nos parece más raro que cualquier historia que nos hayamos contado y, a la vez, tan habitual o verosímil como cualquiera. Si lo visible en la posdictadura son los espantos como encarnación del campo de concentración explicitado pero sin embargo retirado de toda posibilidad de ser pensado (es decir, de ser incluido en la retórica de lo verdadero), lo visible en la pospandemia debería ser la distopía apocalíptica no como horizonte, sino como un ya sido. Lo que parece escapar a la posibilidad de pensar, aunque sea lo completamente visible, es la lógica extractivista que además de ser el origen de los virus potencialmente pandémicos, es también la captura de toda imaginación respecto de un modo de intervención en el mundo que no reproduzca aquella lógica. Incluso podría hablarse de una multiplicación de dicha lógica, antes que de su continuación sin más.

Va de suyo que el discurso de la ciencia ficción resultó por demás recurrente en las formas en que la pandemia fue narrada, sobre todo a partir de las lógicas complementarias del apocalipsis y la distopía (en esto, vale recordar, siempre tan cercano a la escatología del discurso teológico). Una ciencia ficción o una ficción de ciencia que culmina con la deslegitimación de los discursos científicos como rectores de la vida común, en rechazos masivos a las vacunas por parte de quienes también reclaman por la insuficiencia de dosis. Como veremos, la ciencia ficción habilita también otras historias.

IV. La pospandemia y los relatos

El verso del sin tiempo y el sin lugar sería bello si estuviera en un poema y, aún así, sería falso: el tiempo y el lugar no han desaparecido, por el contrario, parecen espejarse y repetirse en una relación con el trabajo y la producción cada vez más apretada y menos maleable, menos gozosa y menos abierta a la generación de tiempos revoltosos y de espacios habitables, es decir, respirables. No hay espacio para los deseos, ni tiempo para las pequeñas sublevaciones. El deseo ya no nos pertenece: se lo hemos regalado al fascismo. Como la defensa de la libertad, las calles y la revuelta.

En febrero de 2021 ya era claro que las vacunas no serían un bien liberado para el uso humanitario de un mundo que, contra toda evidencia, insiste en pensarse bajo ese signo. El retorno de las clases presenciales (el retorno a las escuelas) implicó, como lo explicita más de un *meme*, el retorno recrudescido de las clases sociales como línea divisoria entre la vida a proteger y la vida a sacrificar. Hubo quienes aprovecharon la temporada estival para viajar (incluso por qué no a Brasil, uno de los epicentros globales de la pandemia), apiñarse en restaurantes y bares, celebrar alguna que otra fiesta clandestina, en definitiva y finalmente, reclamar por el retorno de las libertades individuales. Quizás para este grupo el retorno de las clases presenciales fuera simplemente el punto obligado de una lógica de normalización que no solo atañe a sus propias vidas y su propio deseo, sino a la determinación de las vidas de otros que deben ponerse a disposición de esta nueva normalidad, “les trabajadores esenciales”. Vidas por lo tanto normalizadas: adecuadas a las viejas-nuevas exigencias de productividad. Hasta el deseo que a muchos nos movilizaba el año pasado a resistir la virtualización y plantear problemáticamente la situación en el espacio de aula no presencial fue aplastado en la drástica reducción de todo espacio educativo y académico a una videoconferencia. Porque cuando aún resistíamos bajo un signo de pregunta el pasaje masivo a la virtualidad, no lo hacíamos para defender a ultranza una presencialidad supuestamente garante de la bien ganada libertad de aprender o enseñar, lo hacíamos, en todo caso, para poner en cuestión la posibilidad de una

continuidad sin más. Pero ese horizonte interrogativo multidimensional de cuando aún se cree en la excepcionalidad del momento fue rápidamente reemplazado por la perspectiva chata de quien solo puede lidiar con la sombra que tiene delante.

La ciencia ficción permite, por un lado, narrar la distopía de la separación entre la responsabilidad colectiva y el gerenciamiento de los deseos y las prácticas. “*Nos mueve el deseo*”, el grito feminista nacido en las calles pre-pandemia parece retornar bajo su avatar fascista: el deseo es ahora la arcilla política de una derecha que denuncia como represión estatal los discursos que apelan a la responsabilidad colectiva. Y es que una vez abandonada la política al gerenciamiento, la apelación a la responsabilidad resulta anacrónica e incomprensible: les ciudadanos han aprendido con toda la violencia necesaria que no participan de la toma de decisiones, y se han acomodado en la tribuna del espectador que aprueba o desaprueba con la frialdad de la distancia que lo protege y lo desconecta de toda articulación con las prácticas concretas, incluso las propias. Solo así se comprende que la única actividad que no se vio modificada durante la pandemia haya sido la de la matriz productiva-extractiva. En el intermedio hubo femicidios y travesticidios que desafiaron todas las estadísticas, desalojos cruentes, crónicas de muertes anunciadas producidas en el hacinamiento de los barrios populares sin agua ni cloacas, incendios forestales de sur a norte, protestas contra la megaminería, violencia inusitada contra assembleístas locales vinculadxs a la protección medioambiental, caravanas de mujeres indígenas caminando hacia la ciudad de Buenos Aires, protestas contra la privatización de la red fluvial y de los accesos a los ríos (por nombrar solo algunos acontecimientos de Argentina). Pero todo esto sucedía como en otra parte, se trataba, después de todo, de fines del mundo ajenos. El apocalipsis ya sucedido, tal como lo narran los pueblos nativos asolados por las guerras colonizadoras, implica la dislocación entre el gerenciamiento de un mundo íntimamente vinculado a unos pueblos específicos (no necesaria o solamente humanos) y la imposición de modos de ser y existir trasplantados. El contexto general de la pandemia no es una tragedia excepcional que nos trajo un inmenso número de muertos humanxs alrededor del mundo, es quizás el omnicidio que viene perpetrándose sin descanso en nombre de un desarrollo emprendedor que inequívocamente significa “crecimiento”. Porque a pesar de que en el discurso público prime una noción de “naturaleza” como equilibrio armónico autorregulado, ese mismo discurso esquizoide nos extorsiona con la amenaza de que si la economía “no crece”, necesariamente nos esperan desastres todavía mayores.

Por otro lado, la ciencia ficción es también la que imagina radicalmente otras formas de relación monstruosa con lo existente o, para decirlo todavía con Stengers, la que puede contribuir en la creación de un arte de prestar atención a conexiones inusitadas. Donna Haraway elige el acrónimo SF para nombrar toda una serie de gestos narrativos que incluyen la ciencia ficción, el feminismo especulativo, la fabulación especulativa, las figuras de cuerda, los hechos científicos y el hasta aquí/hasta ahora [so far], bordando un tapiz de historias que asuman la complejidad de las múltiples configuraciones de mundos en este mundo. Más allá de toda lógica académica encarnada todavía en el repliegue de la crítica, se trata para ella de tejer/pensar la relacionalidad semiótico-material de un conjunto de seres que no preexisten a su entrelazado. Justamente no es posible pensar en términos de crítica la relación con un presente que exige más que nunca la lógica intempestiva de lo contemporáneo, ya que cualquier ontología del presente, para seguir en esto a Foucault, requiere de un abordaje experimental (1996: 105). Pensar el presente bajo el signo de la pospandemia reclama poner en relieve dos hilos de la trama actual: la relación de continuidad entre prácticas así llamadas “pandémicas” y las que parecen delinearse ahora, y por otro lado la dificultad para tomarse seriamente el presente desde el punto de vista de un tratamiento experimental.

La ciencia ficción, de alguna manera, nos ayuda a pensar esos dos hilos. Es cierto, al menos una parte de ella ha servido para explicitar los posibles efectos de ciertas condiciones de uso de lo existente por parte de los animales humanos. Ha fantaseado y nos ha educado en las múltiples formas de la distopía en las que verdaderamente ya vivimos y que se alimentan de la explicitud de las relaciones jerárquicas que la especie impone. Una línea de continuidad prepandemia/pandemia/pospandemia se dibuja firme paralela a la supuesta irrupción de una novedad novísima. Para pensar la pospandemia hay que pensar los hilos que la pandemia logró enhebrar en el tapiz que nos toca; cómo y dónde se tensionan, cómo vibran y cuáles de sus efectos permanecerán en el todavía supuesto mundo pospandémico.

Pero la ciencia ficción ha logrado también, en sus versiones materialistas, feministas o decoloniales, ayudarnos a elaborar de otras formas las experiencias y a comprender el carácter necesariamente ficcional (cohesionante y no veraz) de cualquier discurso, incluido el científico, sin por ello invitarnos a su abandono. Ha logrado imaginar otros mundos dentro de este mundo. Mundos hechos de objetos recolectados, de humus generado en la descomposición que ofrece un intercambio fértil entre penas y alegrías, entre muertes y vidas conectadas a individuos de todo tipo entregados a las relaciones que los hacen morir y vivir. Mundos de supervivientes. Mundos de acá (no utópicos) que ponen en entredicho las condiciones mismas de posibilidad del Mundo y que asumen la necesidad de aquella dimensión experimental tan dificultada. El aire está lleno de historias posibles e insistimos, no obstante, en contar siempre las mismas. Porque estamos empeñadxs en el monoculturalismo épico del héroe y sus hazañas, el único capaz de traer orden a la crisis actual sin cambiar un ápice su lugar central.

¿Cuál podrá ser nuestra tarea si no la del protagonista que aglutina en torno a sí el relato? Si queremos una “ocupación” para nosotras en esta historia, no será la de los héroes, o la de las guerreras que desenfundan y disparan abriéndose camino entre forcejeos. Como dice Ursula Le Guin a propósito de la escritora: “Las medallas son para pechos más chatos”, en nosotras en cambio, las medallas se mezclarían en un conjunto poco armonioso con las tetas (Le Guin, 2017: 388). Preferimos o aprendimos a usar para sobrevivir, contar y defendernos la rueda que parece tijera, las ollas, las retortas, los libros, los cajones, las latas que recolectamos en nuestras bolsas transportadoras (la bolsa de los mandados, diríamos en porteño), donde proliferan parentescos que obligan a reconsiderar los procesos según los cuales todo se individúa, todo cuanto puebla este útero-tumba en el que vivimos y morimos (Le Guin, 2020: 15). Habremos de recuperar la *aisthesis* en todas sus potencialidades: reaprender a oír, prestar atención, ver, tocar (asumir el contacto del que estamos hechas). La pospandemia, en lo que tenga de espacio de experimentación de lo absolutamente contemporáneo, deberá quizás asumir los riesgos que implican otros modos de narrar y de imaginar, modos multiespecie, modos holoénticos que incluyan perspectivas no humanas en la ecuación de *lo que* importa salvar.

Bibliografía

- » Butler, O. (2018). *Parentesco* (trad. Pérez de Villar, A.). Madrid: Capitán Swing.
- » Colectiva Materia (2020). Paisaje y naturaleza desde una estética materialista posthumana. En Holmes, B., Meitin, A., Perez Balbi, M. et al., *La Tierra NO Resistirá* (pp. 213-222). La Plata: Casa Río Lab.
- » Echenberg, M. (2007). *Plague Ports. The Global Urban Impact of Bubonic Plague, 1894-1901*. Nueva York: New York University Press.
- » Foucault, M. (1996) *¿Qué es la ilustración?* Madrid: La Piqueta.
- » Haraway, D. (1989). *Primate Visions*. Londres/Nueva York: Routledge.
- » Haraway, D. (2019a). *Las promesas de los monstruos. Ensayos sobre Ciencia, Naturaleza y Otros inadaptables* (trad. Fernández Gonzalo, J.). Barcelona: Holobionte.
- » Haraway, D. (2019b). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno* (trad. Torres, H.). Bilbao: Consonni.
- » Hecker, J. F. K. (1988). *The Black Death, and The Dancing Mania*. Londres/París/ Nueva York/Melbourne: Cassell & Company. Recuperado de: <https://www.gutenberg.org/files/1739/1739-h/1739-h.htm>
- » Kaufman, A. (2021). 27F y sus alrededores. *La Tecla Ñ*. Recuperado de: <https://lateclaenerevista.com/27f-y-sus-alrededores-por-alejandro-kaufman/>
- » Kopenawa, D., & Albert, B. (2010). *La chute du ciel: Paroles d'un chaman yanomami*. París: Plon.
- » Le Guin, U. (2020a). *Contar es escuchar. Sobre la escritura, la lectura, la imaginación* (trad. Schifino, M.). Madrid: Círculo de Tiza.
- » Le Guin, U. (2020b). La teoría de la ficción como Bolsa Transportadora (trad. Colectiva Materia). *Cuadernos Materialistas*, 5, "Especial Vegetalidad", 12-15.
- » Lynteris, C. (2018). Yellow Peril Epidemics: The Political Ontology of Degeneration and Emergence. En Frank Billé & Sören Urbansky (Eds.). *Yellow Perils. China Narratives in the Contemporary World* (pp. 35-99). Honolulu: Hawai'i University Press.
- » Stengers, I. (2017). *En tiempos de catástrofes. Cómo resistir a la barbarie que viene* (trad. Goldstein, V.). Buenos Aires: Futuro Anterior.
- » Schwarzböck, S. (2016). *Los espantos. Estética y postdictadura*. Buenos Aires: Cuarenta Ríos.

